

LA HIJA DE LOS HUESOS

ANDREA
STEWART

Traducción: Cristina Martín Sanz



Capítulo 1

Lin

Isla Imperial

Mi padre me dijo que era inservible. No expresó dicha decepción en voz alta cuando respondí a su pregunta, pero lo dijo entornando los ojos, lo dijo con la manera en la que ahuecó sus ya huecas mejillas, con la forma en la que movió ligeramente el lado izquierdo de la boca hacia abajo, un gesto casi imperceptible debido a la barba.

Él me enseñó a ver los sentimientos de una persona en la expresión de su rostro. Y sabía que yo sabía interpretar esas señales. De modo que, entre nosotros, fue como si lo hubiera dicho en voz alta.

La pregunta fue: “¿Quién era tu amiga más íntima cuando eras pequeña?”.

Y mi respuesta: “No lo sé”.

Yo era capaz de correr tan rápido como el vuelo de un gorrión, tenía tanta habilidad con el ábaco como los mejores contables del Imperio y podía recitar de memoria todas las islas conocidas en el tiempo que tardaba el té en terminar de hacerse. Sin embargo, no era capaz de recordar mi pasado anterior a la enfermedad. A veces pensaba que no lo recordaría nunca, que la niña de antes ya no iba a volver.

Mi padre arrancó un crujido a su sillón al cambiar de postura y exhaló un largo suspiro. Sostenía en sus dedos una llave de latón con la que dio unos golpecitos sobre la superficie de la mesa.

—¿Cómo voy a confiarte mis secretos? ¿Cómo voy a confiar en ti como mi heredera si no sabes quién eres?

Yo sí sabía quién era. Era Lin. La hija del emperador. Lo estaba diciendo a gritos dentro de mi cabeza, pero no lo expresaba en voz alta. A diferencia de mi padre, mantuve una expresión neutra y, por lo tanto, mis pensamientos ocultos. En ocasiones le gustaba que yo me defendiera, pero esta no era una de esas ocasiones. Nunca lo era en lo concerniente a mi pasado.

Hice todo lo posible por no mirar fijamente la llave.

—Pregúntame otra cosa —dije.

El viento azotaba los postigos trayendo consigo el olor a algas y a sal del mar. La brisa me acariciaba el cuello y contuve un escalofrío. Le sostuve la mirada a mi padre con la esperanza de que viera la valentía que había en mi alma y no el miedo. Percibía el sabor de la rebelión en los vientos con tanta claridad como percibía el olor del pescado que fermentaba en las cubas. Era igual de obvio, igual de penetrante. Yo sería capaz de enderezar las cosas solo con que tuviera los medios necesarios. Solo con que mi padre me permitiera demostrarlo.

Otro golpecito.

—Muy bien —dijo. Las columnas de madera de teca que tenía a su espalda enmarcaban su rostro curtido y le daban más la apariencia de un retrato solemne que la de un ser humano—. Tienes miedo de las serpientes de mar. ¿Por qué?

—Porque me mordió una cuando era pequeña —respondí.

Estudió mi semblante. Yo contuve la respiración. Luego, dejé de aguantarla. Entrelacé los dedos y me obligué a relajarlos. Si yo fuera una montaña, él estaría siguiendo las raíces principales de los enebros de copas redondeadas, apartando las piedras, en busca de la roca blanca y caliza.

Y encontrándola.

—No me mientas, muchacha —rugió—. No intentes adivinar. Puede que seas sangre de mi sangre, pero tengo la potestad de nombrar para la corona a mi hijo adoptivo. No tiene por qué ser para ti.

Ojalá pudiera recordar. ¿Hubo una época en la que este hombre me acariciaba el pelo y me besaba en la frente? ¿Me amaba antes de

que yo lo olvidase todo, cuando estaba íntegra y entera? Ojalá hubiera alguien a quien pudiera preguntárselo. O por lo menos, alguien que pudiera proporcionarme respuestas.

—Perdóname —dijo inclinando la cabeza. Mi cabellera negra formaba una cortina frente a mis ojos, y lancé una mirada furtiva a la llave.

La mayoría de las puertas del palacio estaban cerradas con llave. El emperador iba renqueando de una habitación a otra y se servía de su magia de las esquiras para obrar milagros. Una magia que yo necesitaba si quería gobernar. Me había ganado seis llaves. El hijo adoptivo de mi padre, Bayan, poseía siete. A veces tenía la sensación de que mi vida entera era un examen.

—Bien —dijo mi padre reclinándose en su sillón—. Puedes irte.

Me levanté para marcharme, pero dudé.

—¿Me enseñarás tu magia de las esquiras? —No esperé a que me respondiera—. Dices que tienes la potestad de nombrar heredero a Bayan, pero no es verdad. Tu heredera sigo siendo yo, y necesito saber cómo se controlan los constructos. Tengo veintitrés años, y tú... —Me interrumpí porque no sabía la edad de mi padre. Tenía manchas oscuras en el dorso de las manos y el cabello de un color gris acero. Desconocía cuánto más iba a vivir. Lo único que lograba imaginar era un futuro en el que él moría y me dejaba sin conocimientos. Sin ninguna manera de proteger el Imperio contra los alanga. Sin recuerdos de un padre que se preocupara por mí.

Tosió y sofocó el ruido con la manga. Su mirada se posó fugazmente en la llave y su voz se suavizó.

—Cuando seas una persona completa —me dijo.

No lo entendí. Pero sí reconocí la vulnerabilidad.

—Por favor —le dije—, ¿y si nunca llego a ser una persona completa?

Me miró, y la tristeza que había en sus ojos me rasgó el corazón. Yo tenía cinco años de recuerdos; antes de eso, todo era niebla. Había perdido algo muy preciado, ojalá supiera qué.

—Padre, yo...

Se oyeron unos golpes en la puerta, y él recuperó la frialdad de antes.

Bayan se deslizó en la sala sin esperar respuesta, y me dieron ganas de maldecirlo. Caminaba encorvado hacia delante y sin hacer ruido al pisar. Si fuera otra persona, esa manera de andar me parecería titubeante; pero él se movía igual que un felino: pausado, depredador. Llevaba un delantal de cuero encima de la túnica y tenía las manos cubiertas de sangre.

—Ya he terminado la modificación —dijo—. Me pediste que viniera inmediatamente a verte cuando terminase.

Tras él venía un constructo golpeteando el suelo con sus pezuñas diminutas. Tenía la apariencia de un ciervo, salvo por los colmillos que sobresalían de su boca y por la cola de mono enroscada. De los hombros le nacían dos alas de tamaño pequeño, y el pelaje que las rodeaba tenía manchas de sangre.

Mi padre se giró en su sillón y puso una mano en la espalda de la criatura. Esta lo miró con unos ojos grandes y acuosos.

—Un poco descuidado —dijo—. ¿Cuántas esquiras has utilizado para implantarle la orden de seguir?

—Dos —respondió Bayan—. Una para que el constructo me siga y otra para que deje de hacerlo.

—Debería ser solo una —repuso mi padre—. La criatura te sigue a donde vayas a menos que le ordenes lo contrario. El lenguaje está en el primer libro que te entregué. —Sujetó una de las alas y jaló de ella. Cuando la soltó, esta volvió lentamente al hombro del constructo—. En cambio, la fabricación es excelente.

Bayan me miró de soslayo, y yo le sostuve la mirada. Ninguno de los dos la apartó. Siempre compitiendo. Bayan tenía los ojos incluso más oscuros que los míos y, cuando esbozó una sonrisa, ello no hizo sino acentuar la carnosidad de su boca. Supuse que era más atractivo de lo que iba a ser yo jamás, pero estaba convencida de que yo era más inteligente, y eso era lo que en realidad importaba. Él nunca se preocupaba de ocultar sus sentimientos. Exhibía el desprecio que sentía por mí igual que un niño exhibe su caracola favorita.

—Prueba otra vez con un constructo nuevo —dijo mi padre, y él apartó su mirada de la mía. Bueno, esta pequeña competición la había ganado yo.

Mi padre introdujo los dedos en el cuerpo de la bestia. Yo contuve

la respiración. Solo lo había visto hacerlo en dos ocasiones. Dos que yo pudiera recordar, al menos. La criatura simplemente parpadeó con placidez cuando la mano desapareció en ella hasta la muñeca. A continuación, la retiró y el constructo quedó congelado, inmóvil como una estatua. En su mano había dos pequeñas esquiras de hueso.

No había sangre que manchara sus dedos. Dejó caer las esquiras en la mano de Bayan.

—Ahora, márchate. Márchense los dos.

Me di prisa para llegar a la puerta antes que Bayan, el cual, sospechaba yo, estaba esperando algo más que unas palabras ásperas. Pero yo estaba acostumbrada a las palabras ásperas y, además, tenía cosas que hacer. Salí de la sala y sostuve la puerta abierta para que él pasara sin necesidad de tocarla y mancharla de sangre. Mi padre valoraba mucho la limpieza.

Bayan me miró con enfado y dejó una estela que olía a cobre y a incienso al pasar. Él era tan solo el hijo del gobernador de una isla pequeña, tuvo la fortuna de llamar la atención de mi padre y de que este lo acogiera como hijo adoptivo. Trajo consigo la enfermedad, una dolencia exótica que era desconocida en Imperial. Me contaron que me contagié de ella poco después de su llegada y que me curé un poco después que él. Pero él no perdió tanta memoria como yo y, además, recuperó una parte.

Tan pronto como dobló la esquina, di media vuelta y corrí hacia el final del pasillo. Los postigos amenazaron con estrellarse contra las paredes cuando los solté. Los tejados parecían laderas de montañas. Salí al exterior y cerré la ventana.

El mundo se abrió ante mí. Desde lo alto del tejado veía la ciudad y el puerto. Veía incluso los barcos en el mar pescando calamares; sus faroles brillaban a lo lejos como si fueran estrellas caídas en tierra. El viento me azotaba la túnica, se me colaba por debajo de la tela y me acribillaba la piel.

Tenía que darme prisa. Para entonces, el constructo sirviente ya habría retirado el cadáver del ciervo. Medio a la carrera y medio resbalando, bajé por la pendiente del tejado hacia el lado del palacio donde se encontraba el dormitorio de mi padre. Él nunca llevaba su

cadena de llaves a la sala de interrogatorio. No se hacía acompañar de sus constructos guardias. Yo había interpretado las tenues señales de su cara. Tal vez me ladrara y me reprendiera, pero cuando estábamos solos... me temía.

Las tejas chasqueaban bajo mis pies. En las defensas de las murallas del palacio acechaban unas sombras: más constructos. Sus instrucciones eran simples. Vigilar por si aparecían intrusos. Hacer sonar la alarma. Ninguno de ellos me prestó la menor atención, por más que yo no estuviera donde debería estar. No era una intrusa.

En esos momentos, el constructo de Burocracia estaría entregando los informes. Ese mismo día lo había visto ordenándolos, resoplando entre dientes con sus labios peludos mientras los leía en silencio. Debía de haber bastantes. Envíos retrasados debido a las escaramuzas, a que el Ioph Carn robaba rocasabia y la pasaba de contrabando, a que los ciudadanos eludían sus deberes para con el Imperio.

Salté al balcón de mi padre. La puerta estaba entreabierta. El dormitorio por lo general estaba vacío, pero esa vez no. Se oían unos gruñidos. Me quedé petrificada. Un hocico de color negro se coló en el espacio que quedaba entre la pared y la puerta y agrandó la rendija. Me miraron unos ojos amarillos, y unas orejas cubiertas de pelaje se inclinaron hacia atrás. Unas garras arañaron la madera: la criatura venía hacia mí. Era Bing Tai, uno de los constructos más antiguos de mi padre. Tenía las fauces salpicadas de canas, pero conservaba todos los dientes. Cada incisivo suyo era tan largo como mi dedo pulgar.

La boca se le retrajo y los pelos del lomo se le pusieron de punta. Era una criatura de pesadilla, una amalgama de grandes depredadores, y tenía un pelaje negro y desgredado que se confundía con la oscuridad. Dio otro paso más hacia mí.

A lo mejor Bayan no era tan tonto, a lo mejor la tonta era yo. Tal vez era así como iba a encontrarme mi padre después de tomarse el té: descuartizada y ensangrentada en su balcón. El balcón estaba demasiado lejos del suelo y yo era demasiado baja para alcanzar los canalones del tejado. La única manera de salir de aquellas habitaciones era por el pasillo.

—Bing Tai —dije con una voz más firme de cómo me sentía—. Soy yo, Lin.

Casi me pareció percibir cómo batallaban dos órdenes de mi padre en la cabeza del constructo. Una: protege mis habitaciones. Dos: protege a mi familia. ¿Cuál de las dos era más fuerte? Yo había apostado por la segunda, pero ya no estaba tan segura.

Me mantuve donde estaba y procuré que no se me notara el miedo. Empujé con la mano el hocico de Bing Tai. Él me veía, me oía, a lo mejor necesitaba olerme.

Podía elegir probarme para ver a qué sabía, aunque hice todo lo posible por no pensar en eso.

Su hocico húmedo y frío tocó mis dedos al tiempo que salía un gruñido de su garganta. Yo no era Bayan, que peleaba con los constructos como si fueran hermanos suyos. Yo no podía olvidarme de lo que eran. Se me hizo un nudo en la garganta hasta que apenas pude respirar y sentí una dolorosa opresión en el pecho.

Entonces, Bing Tai se sentó sobre sus cuartos traseros con las orejas erguidas y sin enseñar los dientes.

—Buen Bing Tai —dije. Me tembló la voz. Tenía que darme prisa.

En la habitación flotaba una densa sensación de aflicción, espesa como el polvo que cubría lo que antes fue el ropero de mi madre. Sus joyas seguían encima del tocador; sus zapatillas todavía la estaban esperando junto a la cama. Lo que me irritaba más que las preguntas que me formulaba mi padre, más que no saber si me quiso y se preocupó por mí cuando era pequeña, era no acordarme de ella.

Había oído susurrar a los sirvientes que quedaban. Mi padre quemó todos sus retratos el día en que murió. Prohibió que se mencionara su nombre. Pasó por la espada a todas sus doncellas. Protegía celosamente los recuerdos de mi madre, como si él fuera el único que tuviera permiso para conservarlos.

Concéntrate.

No sabía dónde guardaba mi padre las copias que nos repartía a Bayan y a mí. Siempre se las sacaba del bolsillo de su faja, y yo no me atrevía a robárselas de ahí. Pero la cadena de llaves original descansaba sobre la cama. Muchas puertas. Muchas llaves. No sabía

diferenciarlas, así que escogí una al azar, una de color dorado que tenía una pieza de jade en la cabeza, y me la guardé.

Salí corriendo al pasillo y coloqué una delgada cuña de madera entre la puerta y el marco, para que no se cerrase. El té ya estaría hecho. Mi padre estaría repasando los informes, formulando preguntas. Confiaba en que eso lo mantuviera ocupado.

Mis pisadas hacían ruido por el suelo de madera. Los grandiosos salones del palacio estaban desiertos, el resplandor de las lámparas se reflejaba en las vigas pintadas de rojo. En la entrada había unas columnas de teca que se elevaban desde el suelo hasta el techo y enmarcaban la desvaída pintura mural de la pared del segundo piso. Bajé las escaleras que llevaban a las puertas del palacio de dos en dos. Cada paso lo sentía como una traición en miniatura.

Podría haber esperado, eso me decía una parte de mi cerebro. Podría haber sido obediente. Podría haber hecho lo posible para responder las preguntas de mi padre, para sanar mi memoria. Pero la otra parte de mi mente era fría y dura. Se abrió paso por el sentimiento de culpa para revelar la cruda realidad: que yo nunca iba a poder ser lo que deseaba mi padre si no tomaba lo que deseaba yo. No había conseguido recordar, por más que me había esforzado. Él no me había dejado otro remedio que demostrarle mi valía de otra manera.

Me deslicé por las puertas del palacio y salí al silencioso patio. Los portones principales estaban cerrados, pero yo era menuda y fuerte, y si mi padre no quería enseñarme su magia, en fin, había otras cosas que había aprendido yo sola cuando él se encerraba con Bayan en un cuarto secreto. Como escalar.

Las murallas estaban limpias pero deterioradas. El yeso se había desprendido en varias zonas y había dejado al descubierto la piedra de debajo. Resultaba bastante fácil de escalar. El constructo con forma de chimpancé apostado en lo alto de la muralla se limitó a observarme un momento y luego volvió a fijar su límpida mirada en la ciudad. Me recorrió un escalofrío de emoción cuando toqué el suelo al otro lado. Ya había estado más veces en la ciudad —*necesariamente*—, pero para mí era como si esta fuese la primera vez. Las calles apestaban a pescado y a aceite caliente, y también a restos

de alimentos cocinados y consumidos. Bajo mis pies, el empedrado estaba oscuro y resbaladizo a causa del agua de fregar. Se oía un entrechocar de ollas, y en la brisa flotaba el murmullo de unas voces cantarinas. Las dos primeras tiendas que vi estaban cerradas, con las persianas de madera echadas.

“¿Será demasiado tarde?”. Desde las murallas del palacio había visto el taller del herrero, y eso fue lo primero que me dio la idea. Contuve la respiración mientras avanzaba por un estrecho callejón.

Allí estaba. Cerrando la puerta y con un morral al hombro.

—Espera —le dije—. Por favor, solo un pedido más.

—Está cerrado —refunfuñó él—. Vuelve mañana.

Reprimí la desesperación que me atenazaba la garganta.

—Te pagaré el doble de tu precio normal si puedes empezar esta noche. Solo es la copia de una llave.

Al oír esto me miró, y sus ojos se posaron en mi túnica de seda bordada. Apretó los labios. Estaba pensando en mentir acerca de la cantidad que cobraba. Pero terminó lanzando un suspiro.

—Dos piezas de plata. Mi precio normal es una. —Era un buen hombre, un hombre justo.

Sentí que me inundaba una sensación de alivio, saqué las monedas del bolsillo de mi faja y las deposité en su callosa mano.

—Aquí tienes. La necesito rápidamente.

Fue un error decirlo. Por su semblante cruzó una expresión de fastidio. Pero, aun así, volvió a abrir la puerta y me hizo entrar en su taller. Poseía la constitución de una plancha de hierro: era ancho y cuadrado. Sus hombros daban la sensación de abarcar la mitad del espacio. Había herramientas metálicas colgadas de las paredes y del techo. Tomó el yesquero y encendió de nuevo las lámparas. Y, a continuación, se volvió hacia mí.

—No estará lista hasta mañana por la mañana, como muy pronto.

—¿Pero es necesario que te quedes con la llave?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Esta noche puedo hacer un molde. La copia estará lista mañana.

Ojalá no hubiera tantas oportunidades de regresar, tantas oportunidades de que me faltase el valor. Me obligué a depositar la llave de mi padre en la mano del herrero. Él la tomó, se volvió y sacó un

bloque de arcilla de una artesa de piedra. Apretó la llave contra él. De repente se quedó inmóvil y dejó de respirar.

Sin pensar, me adelanté para recuperar la llave. En cuanto di un paso hacia él, vi lo que estaba haciendo. En la base de la cabeza, justo antes del paletón, se veía la figura diminuta de un ave fénix grabada en el metal.

Cuando el herrero me miró, tenía el rostro redondo y pálido como la luna.

—¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo con una de las llaves del emperador?

Debería haberle quitado la llave y salir huyendo. Era más rápida que él. Podría echar a correr y perderme de vista antes de que él pudiese tomar aire otra vez. Lo único que tendría sería una anécdota, una que nadie creería.

Pero si lo hiciera, no tendría mi copia de la llave. Ya no obtendría más respuestas. Me quedaría estancada donde estaba al comienzo de ese día, con la memoria envuelta en la niebla y dando respuestas insuficientes a mi padre. Siempre sin llegar del todo. Siempre inservible. Y aquel herrero era un buen hombre. Mi padre me había enseñado lo que había que decir a los hombres buenos.

Escogí las palabras con cuidado.

—¿Tienes hijos?

Su rostro recuperó un poco el color.

—Dos —respondió. Juntó las cejas como preguntándose si debería haber contestado.

—Yo soy Lin —dije, descubriéndome—. La hija del emperador. No es el mismo desde que murió mi madre. Vive aislado, mantiene pocos sirvientes, no se reúne con los gobernadores de la isla. Se está fraguando una rebelión. “Los pocos sin esquiras” ya han tomado Khalute. Ahora querrán expandir su dominio. Y luego están los alanga. Puede que algunos no crean que van a regresar, pero mi familia se los estaba impidiendo. ¿Quieres ver soldados recorriendo las calles? ¿Quieres tener una guerra a la puerta de tu casa? —Lo toqué suavemente en el hombro y él no se inmutó—. ¿A un paso de tus hijos?

Con gesto reflexivo, se llevó una mano detrás de la oreja derecha, donde tenía la cicatriz que llevaban todos los ciudadanos. El sitio de

donde habían extraído una esquirra de hueso para llevarla al sótano del emperador.

—¿Mi esquirra está dando fuerza a un constructo? —preguntó.

—No lo sé —respondí. No lo sé, no lo sé... Había muy pocas cosas que yo conociera—. Pero si consigo entrar en el sótano de mi padre, buscaré tu esquirra y te la devolveré. No puedo prometerte nada. Ojalá pudiera. Pero lo intentaré.

El herrero se pasó la lengua por los labios.

—¿Y mis hijos?

—Veré qué puedo hacer. —Era todo cuanto podía decirle. Nadie estaba exento del Festival del Diezmo de las islas.

La frente le brillaba de sudor.

—Lo haré.

A aquellas alturas, mi padre ya habría dejado los informes a un lado. Bebería su té contemplando las luces de la ciudad por la ventana. Sentí el sudor que me corría entre los omóplatos. Necesitaba devolver la llave antes de que me descubriera.

En medio de una neblina, observé cómo el herrero terminaba de hacer el molde. Cuando me entregó de nuevo la llave, me volví para comenzar a correr.

—Lin. —Me frenó.

Me detuve.

—Me llamo Numeen. El año de mi ritual fue el 1508. Necesitamos un emperador que cuide de nosotros.

¿Qué podía responder yo a eso? De modo que eché a correr. Salí por la puerta, recorrí el callejón y volví a escalar la muralla. En aquel momento mi padre estaría terminándose el té, con la taza todavía tibia en su mano. Una piedra se soltó bajo las yemas de mis dedos. Dejé que cayera al suelo. El estrépito que hizo me dio escalofríos.

Mi padre estaría dejando la taza, estaría contemplando la ciudad. ¿Cuánto tiempo dedicaba a contemplarla? La bajada fue más rápida que la subida. Ya no percibía los olores de la ciudad. Lo único que percibía era mi propio aliento. Los muros de los edificios exteriores pasaron junto a mí como una mancha borrosa cuando entré en el palacio a la carrera: las dependencias de los sirvientes, el salón de la

Paz Eterna, el salón de la Sabiduría Terrenal, la tapia que rodeaba los jardines de palacio. Todo estaba oscuro y frío, desierto.

Utilicé la entrada de los sirvientes y subí las escaleras de dos en dos. El estrecho pasadizo desembocaba en el corredor principal. El corredor principal rodeaba la segunda planta del palacio, y el dormitorio de mi padre estaba casi al otro extremo de la entrada de los sirvientes. Deseé tener piernas más largas. Deseé tener una mente más fuerte.

Las tablas del suelo crujían bajo mis pies mientras corría, un sonido que me hacía estremecer. Por fin, conseguí llegar y colarme en la habitación de mi padre. Bing Tai estaba tumbado en la alfombra, a los pies de la cama, estirado como un gato viejo. Tuve que alargar el brazo por encima de él para llegar a la cadena de las llaves. Desprendía un olor a moho, como una mezcla entre un constructo oso y un armario lleno de ropa carcomida por las polillas.

Tuve que intentarlo tres veces para conseguir insertar la llave en la cadena.

Sentía los dedos como anguilas: torpes y resbaladizos.

Al salir, con la respiración agitada, me arrodillé para retirar la cuña de la puerta. La intensidad de la luz del pasillo me hizo parpadear. Al día siguiente iba a tener que ingeniármelas para salir a la ciudad a buscar la llave nueva. Pero lo conseguí, la cuña quedó oculta en el bolsillo de mi faja. Solté el aire que, sin saberlo, estaba conteniendo.

—Lin.

Bayan. Sentí las extremidades como si fueran de piedra. ¿Qué habría visto? Me volví hacia él. Tenía una expresión ceñuda y las manos entrelazadas a la espalda. Rogué a mi corazón que se calmara y a mi rostro que suprimiera toda expresión.

—¿Qué estás haciendo en la puerta de la habitación del emperador?